

“Chucho” Pérez Martín: un amigo entrañable

Enrique Nieto

“Chucho” Pérez Martín: An Endearing Friend

Un severo choque anafiláctico, un suceso alérgico a fin de cuentas, me puso en contacto con Jesús Pérez Martín, allá por 1970. Le llamaron como consultante para revisar mi caso: enseguida de su diagnóstico decidió permanecer cerca, sentado en una silla junta a la cama de Urgencias, para ver mi evolución. Durante la espera sacó unas cuartillas arrugadas y comenzó a corregirlas y a escribir al reverso. ¿Acaso era corrector como yo? No: editaba una revista de Alergia, según me comentó.

Una vez que decidió que mi condición de salud estaba controlada se fue, pero dejó olvidadas sobre la cama las cuartillas arrugadas. Las tomé y comencé a imitarlo, me atreví a seguir corrigiendo la sintaxis de un texto del que no entendía nada pero del que buscaba que “sonara bien” sin cambiar el sentido.



Al día siguiente volvió para darme de alta y sugerirme que le visitara en su consultorio para “ver qué se podía hacer con mis alergias”. Antes de despedirse le devolví sus cuartillas olvidadas y rápidamente se percató que ya les había metido lápiz. Sonrió y, simplemente me dijo: “no están mal para no saber Medicina”. Ahí empezó una larga amistad que perduró hasta el último día de su existencia.

Comenzamos a frecuentarnos en relación con la revista: me ofrecí a ayudarlo y lo hacía de tanto en tanto. Unos años después, luego de terminar mi carrera de letras, ingresé a la Facultad de Medicina de la UNAM. En todos esos años muchas veces se ofreció para ayudarme a estudiar: yo le formulaba una pregunta de algo que no entendía y siempre tuvo la paciencia de explicarme magistralmente hasta que logré comprender que la experiencia hacía la diferencia.

Al principio me costaba trabajo entender su entusiasmo y compromiso con la revista. Recibía artículos, los revisaba y muchas veces me tocó la tarea de pasarlos en limpio para poder enviarlos a la imprenta. Las computadoras aún no hacían su aparición en el ámbito editorial. Él los llevaba a la imprenta, recogía las galeras y yo las revisaba.

Cuando le entregaban los ejemplares impresos, él y sus hijos las metían en sobres, les pegaban los timbres postales y los llevaban a Pantaco, al puesto central de Correos. La revista tenía algunos anunciantes que contribuían al gasto de impresión y distribución. Para Chucho, el no recaudar lo necesario no fue jamás impedimento. Lo que faltaba lo ponía de su bolsa.

Muchas tardes lo visité en su consultorio en donde me permitió observar su desempeño como médico. A corta distancia me percaté del cariño con el que atendía a sus pacientes pediátricos, las preguntas que les formulaba a sus familiares, la forma en que les sugería las necesarias modificaciones al ambiente y alimentación. También fui testigo de la paciencia con que recibía a los representantes de la industria farmacéutica a quienes, una vez a la semana, dedicaba una hora y ponía toda su atención en sus mensajes. Chucho es de los pocos médicos que he conocido que se llevaban a casa “las monografías de fármacos” para leerlas con detenimiento y luego plantearle al representante sus dudas o sus críticas.

De entre todos los padecimientos alérgicos, el asma atrajo el mayor de sus intereses. En una de nuestras frecuentes entrevistas me entregó un buen legajo de cuartillas escritas a mano de lo que fue un folleto dirigido a los padres de pacientes asmáticos. Me di a la tarea de transcribir su letra de zurdo, a editar ese texto y formarlo en un folleto. Pagó gustoso su costo de impresión y lo entregó, previa explicación, a los padres de sus pacientes asmáticos. Años después escribió, en la misma forma, un libro más grande de asma,

dirigido a médicos de atención primaria. Además de plasmar su experiencia hizo una exhaustiva revisión de la bibliografía y, sin duda, logró publicar un muy buen libro de asma.

Algunos años después comencé a asistir a los congresos anuales, en donde siempre sobresalía su buen humor porque se colocaba una gorra con trenzas, porque a la hora del baile no paraba y porque su charla era siempre amena. Nunca olvidaré a muchos de los que se le acercaban para agradecerle “la manita” que le había dado a sus artículos antes de publicarlos. Gesto que jamás hizo público y del que estoy seguro tampoco buscó el reconocimiento.

Pasaron los años y los procesos editoriales se fueron refinando y simplificando a tal punto que hoy día la impresión en papel tiene olor de obsolescencia. Estuvo en la dirección de la revista hasta el día en que decidió que mudarse a Mérida era una buena opción “para pasar sus últimos días”. Fue entonces que me platicó que le habían diagnosticado cáncer y que no aceptaría quimioterapias ni nada que deteriorara aún más su salud. Renunció a la revista y se fue, pero no para siempre, porque su huella y su sello siguen y seguirán por siempre. Descanse en paz...